

ASTUCIA

CAPÍTULO I

Lencho el perverso. — D. Primitivo. — El pupilo.
Precipitada fuga. — El perdón.

Don Juan Cabello fué en su mocedad uno de los más decididos insurgentes de los muchos que se levantaron en el valle de Quencio, militando bajo las órdenes de los señores Rayones, Lic. D. Ignacio y general D. Ramón, dando siempre mil pruebas de valor: y como la generalidad de los buenos patriotas de su época, sacrificó por la independenciá de su patria su florida juventud, su sangre y bienestar, retirándose á la vida privada en 1822 á buscar de nuevo su subsistencia en los trabajos del campo.

Desde aquella fecha tomó en arrendamiento el rancho nombrado de las Anonas, situado al pie del cerro de Coporillo, entre los pueblos de Tuxpam y Jungapeo, jurisdicción de la villa de San Juan Zitácuaro, perteneciente á las haciendas de Púcuaro en el valle de Quencio, tierra caliente de Michoacán.

Aunque era corta la extensión de su rancho, la constancia, economía y asiduo trabajo le proporcionaban lo suficiente con que medianamente mantener á su familia, siendo muy querido y respetado de los vecinos.

En 1834 era un hombre de más de cincuenta años, con el pelo y barba cana; resentido de algunas heridas que tuvo en su carrera militar, estaba extenuado; su alta estatura comenzaba á doblarse, no tenía mayor fuerza en las piernas; era hombre muy serio, de pocas palabras, muy atento, y sobre todo muy amante de su familia. Como viejo campirano era afectísimo á ensillar

caballos jóvenes briosos, y tenía especial gracia para arrendarlos y educarlos hasta dejarlos sumamente mansos y útiles para lo que se necesitaban.

Aunque había tenido una numerosa familia, en la época á que me refiero era viudo, y sólo le habían quedado una hija que fué la mayor llamada Ana María, de veintiocho años, estaba casada con Angel Rosas, un ahijado de D. Juan que se crió en la misma casa, de más de 30 años de edad, y un joven de 20 años llamado Lorenzo, que como único hombre que se les había logrado, fué sumamente consentido de sus padres, y principalmente de la señora, que se desvivía por darle gusto á su hijo, que abusando de su cariño fué creciendo á sus olguras, satisfaciendo sus caprichos y dedicándose sólo á cuantas diabluras le sugería su genio indómito, hasta hacerse singular por sus travesuras y malcriadeces.

Lorenzo, á quien por aprecio decían *Lencho*, tenía largos doce años, y apenas conocía una que otra lección del libro segundo, algo de doctrina, y las oraciones cotidianas. Su padre, con el mayor sentimiento, lo veía ir creciendo en la más estúpida ignorancia, se le ponía serio, le daba sus buenos latigazos; pero tomaba la madre la defensa, y por no darle á su esposa en que sentir, dejaba las cosas en tal estado. Lencho estaba uno ó dos días muy curtido hojeando el libro, y al menor descuidito volvía á sus acostumbradas maldades, largándose al cerro á jinetear becerros, poner trampas á los jabalíes, á lazar cuanto animal encontraba, ó se iba al río á nadar, capitaneando siempre una punta de muchachos de las rancherías, emprendiendo difíciles y arriesgadas empresas, tal como torear lagartos, buscar chinapos en el fondo de las pozas, perseguir coralillas, apostar carreras con alacranes que guardaba en una redoma, saliéndose siempre con llevar al cabo sus proyectos, fiado en que tenía fuerzas que con buen éxito diariamente ejercitaba, desarrollándose sus miembros y musculación de una manera admirable con asombro de sus compañeros, que celebraban sus hechos de barbarie de que estaba orgulloso.

Ya iba á cumplir trece años, cuando una fatal desgracia perturbó su vida silvestre y licenciosa; murió la madre después de sufrir graves padecimientos, acabaron los chiqueos, lo tomó la

hermana por su cuenta y fueron inútiles sus esfuerzos, despreciaba Lencho sus consejos, no hacía caso de las lecciones, y si le reconvenía se mofaba de sus amenazas, le daba sus buenas cóleras, le cogía las manos, y no dejándola moverse se burlaba de su maestra diciéndole: Ya está, Ana hueche, no se enoje, no me vaya á echar una rata muerta, no haga berrinches, chula; mira, hermanita, no me atormentes, déjame gozar de mi Abril y Mayo, y la chongueaba, requebraba y mortificaba hasta que hacían las paces, ó la dejaba más enojada: venía D. Juan, ella se quejaba, y le daba á Lorenzo unas entradas de latigazos, reatazos ó palos, que por algunos días lo tenían lastimado, lleno de moretones, haciendo el libro pedazos por no aprenderlo, volviendo á sus diabluras luego que tenía oportunidad.

Ya no era posible disimular las continuas quejas de sus travesuras, no había res descornada, burro rengo, ni otros animales averiados que no hubieran sido víctimas de Lorenzo, de manera que todos lo conocían y designaban con el sobrenombre de *Lencho el Perverso*.

No hallando qué hacer su padre con él, se fué á ver al señor cura de Zitácuaro que fué su padrino, diciéndole: Ya no puedo sufrir, señor compadre, á su ahijado Lorenzo; el muchacho, á pesar de su corta edad, es tamaño jarocho, muy garrudo; y como la difuntita lo crió tan consentido y licencioso, temo que el día menos pensado hasta á mí se me pare de gallo; ya tiene más fuerzas que yo. Y es de tal condición, que aunque lo majen á palos no suelta una lágrima ni exhala una queja, se pone muy colorado, no me chista una palabra, por lo que no es difícil que salte las trancas; y contó todas las gracias del niño, terminando con que iba á que le diera un consejo antes de que su hijo se acabara de pervertir, pues según los pasos que llevaba saldría un buen pícaro de primera.

— En qué poca agua se ahoga, compadre, le respondió el cura: tenemos aquí un excelente preceptor, que con decirle que fué jesuita, ya está dicho todo: estudia el carácter, inclinaciones y capacidad de sus discípulos, y sin que ellos lo sientan los va educando con tal modito y dulzura, que ninguno se le malogra. Vamos á verlo, y si á pesar de poner los medios que están á nuestro arbitrio, ese arbolito no se endereza, que no nos

quede el desconsuelo de no haberlos aplicado á su tiempo.

Se fueron á ver al preceptor D. Primitivo Cisneros, lo impuso el cura de su pretensión, recomendando el asunto como propio, estuvo tomando mil informes de D. Juan de cuanto le pareció conducente, meditando con detenimiento hasta en los pormenores más insignificantes, y de repente exclamó lleno de gozo restregándose las manos :

— ¡Magnífico! ¡magnífico! así me gusta coger á mis muchachillos, cerreritos, como dicen los rancheros, que no hayan adquirido maña ni resabio; pero para poder poner en planta el plan que me propongo, necesito de su ayuda, Sr. D. Juan : es preciso que no haga vd. más que lo que le prevenga, sin separarse un ápice de mis instrucciones. Tráigamelo sin hacerle ninguna prevención, y en el paraje que juzgue más á propósito, háblele vd. en estos términos, que según sea el efecto que nos dé esta prueba, le diré francamente mi opinión. Si, como me lo prometo, surte buen resultado, le aseguro, amigo mío, que haré de ese jovencito lo que yo quiera, pues la cuerda que voy á pulsar jamás se revienta. Quiero dominarlo de adentro para fuera, despertar sentimientos que no conoce para aprovecharme de ellos en su propio bien; quiero que sienta una emoción que le llegue al alma, ya que los sentimientos del cuerpo los ha embotado vd. á fuerza de sus majaderos castigos : en fin, si tiene vd. vanidad en saber domesticar potrillos y sacar caballos de primera, yo la tengo en educar muchachos y formar hombres de honor y bien inclinados.

Convenidos en lo demás del pupilaje, se despidieron muy contentos.

El día menos esperado le dijo D. Juan á su hijo : « Vístete con tu ropita nueva, vamos por ahí. » Se lo echó en las ancas de su caballo y tomó el camino de la villa sin hablar una palabra. Él, á pesar de su inquietud, no se atrevió á preguntar al verlo tan serio y meditabundo, suponiéndose mil cosas muy contrarias á la verdadera causa de su viaje.

Cuando llegaron al Puerto de Ocurio le dijo su padre :

— Apéate y escucha, Lorenzo : ¿qué es aquello que blanquea al pie de este cerro y se distingue entre tan espeso bosque?

— Es la iglesia de Jungapeo, señor padre.

— ¿Y no te trae á la memoria algún triste recuerdo que te debe de ser venerado?

— ¡Ah! sí, señor: allí está enterrada mi difunta madre.

Y sin poderse contener se le inundaron los ojos de agua y comenzó á llorar.

También apareció el llanto en los ojos de D. Juan, pero disimulando mucho hizo un esfuerzo y prosiguió diciendo :

— Ya es tiempo, hijo mío, de que reflexiones en tu porvenir : tu consentidora madre ya no existe, yo estoy bastante enfermo y achacoso, no quiero dejarte hecho un ignorante, me he determinado á ponerte en la villa de pupilo para que te eduquen ; pero antes deseo saber tu voluntad para evitar que se pierda el tiempo y el dinero. Ofreceme por la memoria de tu madre ser desde este instante un hijo obediente, manejarte con juicio y aplicación, yo estoy resuelto á sacrificar todo cuanto tengo por tu bien. Pero si no te encuentras capaz de cumplir tu palabra y estás bien hallado con la vida licenciada que has llevado hasta ahora, toma tu portante y coge cualquiera de estos caminos que miras aquí; véte bendito de Dios á buscar madre que te envuelva, yo te abandono á tu propia suerte, no quiero en mi casa vagos ni sustentar holgazanes que me acaben la vida y originen mi deshonra. Resuélvete.

Y separó su caballo unos cuantos pasos.

Estas breves, serias y bastante claras palabras dichas con energía, aterraron al disipado Lorenzo, eran las primeras que le hacían tener reflexión ; el recuerdo de la memoria de su madre que lo había enternecido, cooperó demasiado para darle á conocer su situación ; dirigía la vista á la iglesia y se convencía de que ya no tenía quien abogara por él, volvía la cabeza presuroso al menor ruido que hacía el caballo de su padre, figurándose que iba á partir y lo dejaba abandonado en aquel páramo ; se le figuró que desde el fondo del sepulcro le decía su madre con voz suplicante : « Obedece á tu padre, Lencho, obédcele ».

Se limpió las lágrimas que con abundancia derramaba con el anverso de la mano, exhaló un profundo suspiro mirando para Jungapeo, diciendo entre sí :

— ¡Descanse en paz, madre mía! Adiós.

Volteó precipitado, se quitó el sombrero y acercándose á su padre le dijo con entereza :

— Haga vd. de mí lo que guste, señor padre : lléveme su merced de pupilo.

D. Juan por única contestación quitó el pié del estribo, subió Lorenzo en las ancas, metió espuelas al caballo, diciendo lleno de gozo : « Marchemos. » Lorenzo, siguiendo los impulsos de su corazón, abrazó á su padre por la espalda apretándolo con dulzura y exclamando :

— Jamás me desprecie, padre mío.

— Eso depende de ti, ya sabes mi determinación, le contestó D. Juan, tu proceder normará el mío. Esta espontánea muestra de amor filial fué sin duda el primer sonido de la cuerda que D. Primitivo quiso pulsar.

Llegaron á la villa, y desde el instante que D. Primitivo vió el semblante alegre de D. Juan y el compungido de su hijo, se daba solo el parabién.

— Aquí tiene vd. á su discípulo, caballero, dijo el padre presentando á Lorenzo ; desde este instante le delego todas mis facultades, y aunque lo mate quedaré conforme con el fierro y las orejas.

La presencia seria y venerable del preceptor infundió respeto al discípulo, y las últimas palabras de su padre algún terror que se disipó como el humo luego que D. Primitivo abrazándolo dijo con bastante formalidad :

— Está vd. equivocado, Sr. D. Juan, yo no soy matamuchachos; desde este momento este jovencito es mi hijo, y yo creo que dócil á mis consejos, recibirá bien mis lecciones; desde luego me ha causado la mejor simpatía y no dudo que se hará digno de mi paternal amor. Creo que hasta ahora no ha salido mal mi juicio, y esa cuerda bien templada, amigo mío, jamás se revienta, yo le respondo á vd. del éxito si me ayuda.

Después de un rato de conversación que le pareció al discípulo de cosas indiferentes, se despidió D. Juan ; Lorenzo le besó la mano con mucho respeto, D. Primitivo salió á acompañarlo hasta el zaguán, mientras que arrimándose Lencho á la ventana que daba para la calle, veía con los ojos preñados de lágrimas ausentarse á su padre. Volteó éste la esquina, y antes de per-

derse de vista saludó por último al preceptor, y recibiendo aquella despedida su hijo como para él, correspondió con una mano sacando la cabeza por la ventana y diciendo con balbuciente voz interrumpida por sus lágrimas :

— ¡ Adiós, padre de mi corazón !

Y se metió bruscamente, empeñado en limpiarse el rostro para que su maestro no lo viera estar llorando, diciendo para sí :

— No vaya á decir este señor que soy Mariquita con calzones, un amujerado, un...

D. Primitivo se entretuvo afuera, y mientras, Lorenzo comenzó á fijar la atención en todo cuanto le rodeaba : al contemplarse en casa ajena, en aquella pieza mediana llena de libros, le parecía que no podía respirar, que le faltaba el aire ; la reja de la ventana le infundía pavor y se figuraba encarcelado en la más dura prisión sin atreverse á salir al patio y sumergido en mil tristes pensamientos. Entró su maestro, y advirtió su empeño en que no lo viera llorar, y dijo para sí : ¡ Magnífico, magnífico ! este muchacho tiene amor propio, y prosiguió en voz alta diciendo :

— Ven, hijo mío, te voy á presentar á mis hermanas, á que tomes posesión de tu casa, y luego iremos por ahí á hacer algunas visitas después de que tomemos el chocolate.

Y designándole otra pieza separada, prosiguió :

— Aquella es nuestra recámara, he mandado poner tu cama en mi mismo dormitorio, porque, hijito, quiero tener en ti un compañero de toda mi confianza.

Entraron á la sala donde estaban las señoras con cinco ó seis chiquillas que eran también pupilas y medio pupilas, le hicieron á Lorenzo mucho aprecio, y tomándole su maestro un brazo les dijo en tono de chanza :

— Ahora sí, niñas, ya no me atraparán, aquí tengo en este garrudo joven un fuerte apoyo : volveré á frecuentar mis tertulias sin volver por ahí cayendo y levantando, por la falta de vista y debilidad de mis piernas. Sí, señor, las mujeres son de la casa, los hombres somos de la calle ; conque dennos nuestro caracas, rezaremos el Rosario, y nos vamos por ahí á estirar las cuerdas. Estas expresiones consolaron algún tanto á Lorenzo, y ya se consideró menos preso.

La franqueza de D. Primitivo, la confianza con que las señoras empezaron á tratarlo, le fué haciendo menos pesado el tiempo. Se lo llevó el maestro á visitar al señor cura que era su padrino y á quien después de que lo apadrinó no había vuelto á ver más que una que otra vez hacía ya tiempo, por lo que D. Primitivo hizo que lo reconociera, entrara en relación, y así fué presentándolo con todas sus amistades que eran nada menos que con la gente principal de la villa.

Todos los días se levantaban temprano, lo hacía que se aseara, luego se lo llevaba á misa, volvían á la casa á desayunarse; en la escuela lo sentó en su mesa, y mirando que los muchachos se sonreían de verlo tan grandote en el libro segundo, y que él impaciente se abochornaba, le dijo: Aquí en la escuela me servirás de ayudante para guardar el orden, y allá en casa estudiarás para que no te cause vergüenza que otros más chicos sepan más que tú. Procura aplicarte para que puedas corregirlos y tomarles las lecciones.

Sin embargo de que su maestro hacía lo posible para distraerlo, y en la casa continuamente lo ocupaban las señoras hasta el grado de hacerse el necesario para todo, él siempre tenía su idea fija en ver cómo aprovechaba una ocasión para fugarse, pues acostumbrado á respirar el aire libre del campo y estar en continua agitación en sus travesuras, era imposible que desde luego se efectuara en él un cambio completo. Muchas veces se le ocurrió largarse para su casa y prescindir de aquella vida tan opuesta á su conducta anterior; pero el temor de pasar la sierra solo, la cólera de su padre que naturalmente debía de provocar un castigo, y la vergüencilla de que dijeran sus nuevos conocidos que era *juilón*, como él decía, lo contuvieron. Por fin, un día se encontró con unos vecinos de Jungapeo que fueron al tianguis, le ocurrió acompañarse con ellos, y esa tarde, luego que cerraron la escuela, se le ocultó á su maestro y arrancó á alcanzarlos con tal gozo de verse solo en el campo, que entorpeciósele los sentidos no pensaba más que en correr á todo su gusto por aquellas laderas. Cuando llegaron al puerto de Ocurio, ya casi obscureciendo, se presentó á la vista la torrecilla de Jungapeo que días antes le recordó una memoria bastante triste, y sin embargo de lo contento que había estado platicando

á sus compañeros de viaje, enmudeció al llegar al sitio en que ofreció á su padre obedecerlo, y avergonzado de faltar á su palabra quitaba la vista de la torre comenzando á sentir los remordimientos de su informalidad, indeciso de proseguir adelante; pero, ¡cómo volverse solo! ya había dado el primer paso, á cada instante se paraba, y como impulsado por una fuerza extraña descendía preocupado con mil diversos pensamientos. Lo sacaron de su arrobamiento los dichos indiscretos de sus compañeros, que atribuyéndolo á miedo, le dijeron:

— ¿Por qué entró ya en muda, amo D. Lencho? ¿qué ya le apestan las costillas á leña? Si tiene recelo de que sea mal recibido, es mejor que se vuelva y por vida suyita no vaya á decir que se acompañó con nosotros porque no crea el amo D. Juan que lo venimos á sonsacar.

Irritado Lorenzo por aquellas habladas, luego que llegaron á la presa de San Cristóbal, les dijo:

— Muchas gracias, amigos, por su buena compañía, por aquí me corto, voy á tomar la vereda de los mogotes, y no tengan ningún cuidado porque los comprometa.

Se apeó de una yegüita que le habían prestado, y sin esperar respuesta se emboscó por aquellos matorrales.

Cerca de las ocho de la noche llegó á su casa á tiempo que su padre venía de cerrar el corral de los bueyes, y al presentarse su hijo tuvo que sufrir mucho para contenerse, pues en aquel momento, sin advertirlo, empuñó su bastón fuertemente con ánimo de rompérselo en la cabeza; pero reflexionó en lo que iba á hacer acordándose de las instrucciones de D. Primitivo, y fingiendo la mayor serenidad le dijo:

— ¿Qué ha venido vd. á hacer, caballero? ¿Con qué facilidad quebranta sus promesas y abandona al respetable anciano que necesita de su apoyo y compañía? Habrá sido cosa muy grave la que lo ha obligado á faltar á sus deberes donde atropella con todo.

— Señor padre, la verdad, soñé que su merced estaba enfermo, y el cuidado de su salud me...

Y se rascaba la cabeza no hallando disculpa que dar.

— Eso está peor, amiguito, que después de cometer tan grave falta, se me vuelve hipócrita y embustero entre las ma-

nos : yo no lo he dejado chino libre en las cuatro esquinas para que haga su voluntad, bien puede ver cómo se vuelve por donde vino, yo no soy ya su padre, y mientras no traiga la licencia de su maestro, estarán cerradas estas puertas para semejantes huéspedes.

En ese instante comenzaron á dar las ocho en el pueblo, y aprovechando D. Juan aquel momento, le dijo con tono sentencioso : — ¿Qué no te recuerda ese lúgubre sonido que hay alguna ánima que exige tus fervientes oraciones, y sobre todo, que cumplas las promesas que has hecho por su memoria? *¡Ay de aquel que se burla de las cenizas de los muertos!*

— ¡Perdón, señor padre! respondió Lencho tratando de arrodillarse.

D. Juan lo contuvo replicando :

— No es á mí á quien has ofendido, muchacho, sino á la persona de quien dependes, y si antes te dije que no consentía vagos, ahora agregó que no trato con embusteros : buenas noches y que Dios te ayude.

Y al instante cerró el zaguán, echó la llave y se metió á su recámara dando orden á todos para que se hicieran sordos á los toquidos de Lorenzo, que en vano hacía mil protestas de enmienda.

Convencido de que serían inútiles sus tentativas, sin saber qué partido tomar, se fué maquinalmente volviendo por el camino que había traído; él se figuró que como antes, le diera su padre una buena tunda, y que pasado aquel momento de su cólera dejara las cosas en tal estado; mas cuando su seriedad le volvió como días antes, á infundir respeto, su sentencia temor, y conoció que efectivamente había hecho mal en abandonar á su maestro que lo trataba con un excesivo cariño, y sobre todo, que faltando á su promesa se burlaba de la memoria de su madre, le causaron tal pena esas reflexiones, que no pudo menos que sentarse en una peña y llorar como un chiquillo, diciendo :

— Mi padre me cierra las puertas de su casa, dice que no admite en ella á ningún vago ni trata con hombres informales; que mientras no traiga la licencia de mi maestro seré una persona extraña en estos sitios. Pero, ¿con qué cara me le voy

presentando á D. Primitivo? ¿Qué habrán dicho las señoras? Es capaz que hasta las chiquitillas pupilitas se rían de mí. No, yo no vuelvo á Zitácuaro, me malmirarán los amigos de mi maestro y seré la burla de todos los muchachos. ¿Pero qué hago? ¿Adónde voy? y si mi padre á pesar de ser mi padre, me desprecia, ¿qué aguardo yo de los extraños? Tiene razón mi señor padre, soy un pícaro, un malagradecido, un informal, embustero, un..... Y furioso se estiraba con ambas manos de los cabellos lleno de cólera consigo mismo.

Por fin, después de que se serenó un poco se paró determinado, y sin más ni más tomó la cuesta arriba á pasos largos.

— No hay más que rendirse á discreción á ese pobre viejo, decía, él tiene buen corazón y perdonará mis locuras; ya me dejé pisar la cola, y ahora mas que me ensille y me enfrene, qué hemos de hacer, los golpes hacen jinetes.

Cuando acabó de subir la cumbre se puso á descansar de la fatiga al pie de una ziranda, y exclamó mirando para Jungapeo :

— ¡Ahora sí vamos de veras, madre mía! Perdóneme si en un momento de haberseme cerrado la mollera falté á mi promesa; conozco que fuí un necio y que no supé lo que hice; voy á corregir mi yerro, y nuevamente le ofrezco, como los hombres, no volver á darle á mi señor padre en qué sentir : ruegue á Dios, madre mía, que dirija mis pasos, pues cada vez que miro á mi padre tan serio, se me figura que me quiere abandonar á mi propia suerte, y mejor hubiera yo querido que me majara con un leño las costillas, que haber escuchado sus amargas palabras que me han llegado al alma.

Con estas y otras expresiones que le fueron ocurriendo, pasó un gran rato, terminando su soliloquio con rezar una estación por el alma de su difunta madre, y se quedó medio dormitando á esperar que esclareciera el día.

D. Primitivo, que no se esperaba de Lorenzo semejante ocurrencia, estuvo con mucho cuidado al principio; pero no faltó quien le diera noticia de que su discípulo iba con unos arrieros de Jungapeo.

— ¡Qué bien me dijo D. Juan! exclamó hablando consigo,

« que ese potrillito podía reconocer para la querencia, y dar la estampida para sus comederos ». ¡Ojalá y haya obedecido á mis instrucciones de manifestársele serio y ofendido! Pero si ha querido corregirlo con trancazos, todos mis planes vienen á tierra. El muchacho es dócil y de condición determinada. Veremos cómo se maneja D. Juan, pues si él es inteligente y cumple con mis prevenciones, de esta calaverada hemos de sacar mucho provecho.

Cuando llegó la hora del chocolate extrañaron las señoras á Lorenzo, y D. Primitivo lo disculpó diciéndoles que le había dado licencia para que fuera á ver á su padre.

Al empezar á brillar la aurora prosiguió su camino Lorenzo; y sabiendo que su maestro luego que se levantaba se metía al jardín á regar varias plantitas que cultivaba, se fué por la espalda de la casa para evitar que lo vieran las criadas, salvó la tapia sin mayor dificultad y esperó á que su maestro entrara, ocultándose detrás de unos rosales. A poco rato apareció D. Primitivo con un cantarito de agua en la mano derecha, y sin esperar Lorenzo á otra cosa, de un brinco se puso frente al anciano, se arrodilló con muestras de arrepentimiento, diciéndole :

— *Pégume su merced de cantarazos, señor maestro, soy un vil, hágame polvo ese tiesto en la cabeza, soy un miserable, un mal agra...*

Y el llanto le cortó las palabras, no pudiendo hacer más que abrazar las piernas del anciano; y tratando de contener sollozos prosiguió :

— Mi padre me ha negado su cariño, me ha cerrado sus puertas. Por el amor de Dios, señor, que me perdone.

— ¡ Conque tu padre te ha cerrado sus puertas y negado su cariño!

— Sí, señor, así lo he oído de su misma boca.

— Estás en un error, Lorenzo, no lamentos semejante desgracia. Mira ahí esa puerta abierta y cómo te tiendo mis brazos para estrecharte contra mi corazón. Yo soy tu padre, esta es tu casa, ¿ de qué te quejas?

Anegado en copioso llanto se abalanzó frenético á los brazos del anciano, sin hallar expresiones con que poderse disculpar,

ni agradecer aquella benevolencia, conformándose con agarrarle su descarnada mano, é imprimiéndole un ósculo abrasador lleno de ternura, sólo pudo decir :

— Gracias, señor maestro, desde hoy en adelante le prometo no volver á darle qué sentir.

— Corriente, contestó D. Primitivo llorando también de gozo; y sobre este particular te encargo que no volvamos á hablar una palabra, haz cuenta que fué un sueño; y como según veo te has entrado por la barda, salte por ahí mismo y penetra por la puerta del zaguán para que crean las señoras que vienes de tu casa, pues para disculpar tu falta me vi precisado á echar esa mentirilla en obsequio de tu reputación.

— ¿ Conque eso más tengo que agradecerle, señor? Es vd. verdaderamente mi segundo padre.

— Si yo no procuro encubrir tus defectos y sentir sólo las consecuencias de ellos como si fueras mi verdadero hijo, ¿ quién quieres que los disimule?

— Gracias otra vez, señor, gracias, y le repito que...

— Nada de palabras, hijo mío. Obras son amores y no buenas razones. Véte, no vayan á sorprendernos aquí sin haberte visto llegar de la calle.

Lorenzo repitió su beso en la mano de su maestro, y lleno de gozo, con bastante agilidad salvó las tapias, mientras que D. Primitivo con no menos contento decía : Si D. Juan hubiera presenciado esta escena, sin duda diría : ya este potrillito reconoció al cabestro en la primera potreada, con unas cuantas manoseadas admite la silla, y llevándolo sobre el brío saldrá un caballo de primera ; y yo digo para mí : con este golpecito he confirmado mi juicio, y acabando de despertar en este jovencillo sus buenas inclinaciones, podré irlo sobrellevando, y cultivando en su corazón puro sus naturales instintos, lograré que sea un hombre honrado y útil á carta cabal.

Luego que estuvo Lorenzo en la calle, se compuso un poco el pelo, se limpió bien la cara, sacudió la ropa y se dirigió á tocar el zaguán; una de las señoras le abrió recibéndolo muy contenta, gritando á su hermano : Primi, Primi, aquí está ya tu hijo. Apareció el anciano manifestando también alegría, le preguntó por la salud de su padre, y con el brazo echado sobre el cuello.

de su discípulo se dirigieron para adentro á que hablara á la demás familia, que como ignoraban el suceso, lo trataron con la estimación de siempre : aquellos golpecitos, y sobre todo las serias reflexiones que tuvo en la cima de la sierra, surtieron su efecto, y convencido de que no había otro remedio que obedecer, se dedicó con empeño á cumplir para ver si así lograba algún día desenojar á su padre, siendo desde entonces otro muchacho, tan humilde, servicial y aplicado, que en poco tiempo se había granjeado la estimación de cuantos lo conocían.

Cuando meditaba en su célebre expedición, se decía á sí mismo : De veras, de veras, soy un topo, ¿qué fui á ganar con haberme largado? ir á andar nueve ó diez leguas por esos malditos texcales, que me hicieron pedazos los zapatos, darme una porción de arañazos con los huizaches que me rasgaron la chaqueta, haberle pegado á mi señor padre su buena cólera, y dado lugar á que con justicia me dijera tantas claridades, y por último, haber tenido que pedirle las gatas á mi maestro, y volver á la casa como perro mojado, curtido y avergonzado. Es verdad que mi maestro ha sido tan prudente, que sobre ese asunto no me ha vuelto á decir una palabra, que cuidó de que nadie haya sabido mi calaverada ; pero mi señor padre no ha vuelto á mandarnos razón de su salud, no sé si vive ó muere, es regular que todavía le dure el enojo, yo no puedo ir á darle una disculpa para contentarlo, y aunque ya sé formar algunas letras son tan grandotas y chuecas, que quién sabe cuántos pliegos de papel entrarían en una carta y puede que tal vez no la comprendiera ; mi maestro no se da por entendido, yo no quiero darle á conocer las ganas que tengo de ir á mi casa, no hay más que tener paciencia y hacer lomos.

CAPÍTULO II

Lencho el reformado. — Amor primero. — Venganza por mano propia. — Reconciliación.

El día que menos lo esperaba, vió llegar á la escuela á un sirviente de su casa estirando dos caballos ensillados, salió muy placentero á saludarlo, y recibió una carta para su maestro ; de un vistazo observó un bonito caballo rosillo flor de durazno, perfectamente aviado, con silla nueva, freno guarnecido, su jorongo saltillero en los tientos, una reata nueva, espuelas, y un sombrero muy galoneado que también le entregó el mozo ; de un brinco penetró en la escuela diciéndole á su maestro lleno de alegría al entregarle la carta : De mi padre, señor, de mi padre.

— Ábrela, hijo, ábrela, á ver qué nos dice mi buen amigo.

En un momento la leyó con avidez, y dándosela á su maestro le dijo : Lea vd., lea vd., albricias, albricias, mi señor padre... y se le arrimó diciéndole al oído : Ya se contentó conmigo, y hacía tantas demostraciones de júbilo, se restregaba las manos, quería medirse el sombrero, salía á hacer cariños á los caballos, volvía á entrar, brincaba, y no estaba quieto un momento ; esto fué causa de poner en desorden á toda la escuela, por lo que advirtiéndolo se revistió de la autoridad de decurión, y les mandó imperiosamente guardar el orden y colocarse en sus asientos.

Entretanto D. Primitivo leía con mucha calma lo siguiente : « Sr. D. Primitivo Cisneros, etc. Hace ocho meses que no estrecho entre mis brazos á mi querido hijo Lorenzo, y si no hubiere algún impedimento, suplico á mi buen amigo el Sr. D. Primitivo, se sirva darle licencia para que pase estos tres días de pascua en mi compañía ; sería muy cabal mi gusto si tuviera